

TOLEDO

Revista semanal de Arte.

Oficinas: Núñez de Arce, 12.

ARTE E HISTORIA

Reverenciamos con este número a nuestro ilustre Prelado el Emmo. Sr. Cardenal Guisasola.

En estos días santos, de calma augusta en la tierra, Toledo es más religioso que los demás pueblos; su silencio eterno es dueño del misterio más triste; por los callejones toledanos es de más santidad la vida de estos días.

En el gran Toledo se siente más dentro la honda emoción del dolor de la Semana Santa.

Las procesiones son, en sus callejas, más misteriosamente bellas, más trágicas y llenas de amor a lo divino.

Se demuestra más patente y rotunda la devoción de los hombres. El culto de la sociedad que llora la trágica fecha.

El sublime poder del Toledo avasalla todo, y coadyuva, como el que más, a santificar los dolores de los días tristes y a complacernos cuando, pasados éstos, suenan alegres los repiques de las campanas de los templos toledanos, anunciando la fausta resurrección del Dios-Rey de la tierra.

La Semana Santa en Toledo ⁽¹⁾

Jueves Santo.

A todo el que entra por primera vez en la Catedral de Toledo, le asombra la grandeza del templo metropolitano; pero al que visite este monumento al empezar los oficios de este día, si es artista y observador, el asombro debe abrumarle al tener tanta belleza que abarcar con una mirada impotente para comprenderla toda.

Creo imposible que el pincel pudiera reproducir riquezas amontonadas allí por tantos siglos, ni en conjunto ni en detalle.

Los dos coros se unen por una plataforma alfombrada, a la que se sube por escaleras laterales: a uno y otro lado de la misma se extienden filas de bancos, y junto a la verja del coro, frente al altar Mayor, se coloca una mesa que se adorna con magníficos jarrones y candeleros, un atril dorado con el pontifical, una sacra, un brasero de filigrana, y en el suelo, sobre un banquillo, un jarro de plata con su llave. Un gran dosel blanco, suspendido majestuosamente, corona este grandioso conjunto, en el que destacan las flores y el ramaje entre el brillo de la plata, primorosamente cincelada, y los ornamentos sacerdotales tejidos y bordados con tanto arte como riqueza.

(1) La parte litúrgica y algunos de los simbolismos de estas ceremonias están tomados de libros propios de la Catedral.

En el altar Mayor, al lado de la Epístola, se coloca una credencia cubierta por paños blancos, y en sus gradas tres bandejas de plata, seis cálices, uno para el sacrificio, dos para el vino que se bebe después de la comunión, uno para purificarse el prelado, otro para agua y otro para añadir vino en el solemne acto de administrar el sacramento; el copón, con ciento cuarenta formas, vinajeras, dos paletillas, jarrones, fuentes, toallas y paño de hombros, todo de ricos metales o preciosas telas.

El recado especial para el servicio del sagrario está contenido en una magnífica bandeja de plata y se compone: de un cáliz de los más ricos del Tesoro, una patena con cerco y asiento, una hijuela bordada, una planeta forrada y guarnecida de piedras preciosas, un paño también bordado para cubrir el cáliz y una ancha cinta de oro que ha de ceñirle.

El coro, la plataforma y la capilla Mayor, están literalmente ocupados por dignidades, canónigos, beneficiados, párrocos, seminaristas, asistentes, seises y acólitos.

Tanta riqueza y personal; tan majestuoso aspecto en el conjunto, y tan artísticos primores en el detalle, deslumbran la imaginación, ofuscan la vista; pero conmueven, impresionan, asociando a la percepción estética que recrea el sentimiento religioso que remonta al espíritu a la más elevada contemplación de lo divino.

La Iglesia conmemora el Jueves Santo el modesto banquete del Cenáculo, en que el anfitrión es el hijo de un carpintero y los

comensales pescadores humildes y pobres menestrales.

Un cordero, pan y vino, servidos en vajillas que no serían lujosas, por cierto, son los manjares consumidos en el festín memorable.

Pues bien; así como por esa abstracción sublime del catolicismo, la voluntad de un Dios *convierte ambas sustancias* en su cuerpo y en su sangre, para quedarse en alma y cuerpo con su pueblo; así como del pan y del vino hace la conversión milagrosa en Eucaristía, elevando lo humilde y terrenal de la uva y el trigo a sublime y celeste manjar de los ángeles por la virtud de su palabra....; la Iglesia, convirtiendo también en suntuoso el que fué humilde ajuar en el Cenáculo, rodea de esplendores el ara que simboliza la mesa; elabora en ricos metales las vasijas que la guarnecen; teje en primorosas telas los manteles que la cubren; cincela copas artísticas para contener el vino del convite; siembra de flores el suelo—quizá para borrar las huellas de Judas—y saturando el aire con aromas y perfumes del incienso, recuerda, acaso, aquel aliento que brotó de los divinos labios con las sublimes palabras de la consagración.

Oficios.

Empiezan éstos por prima, tercia, sexta y nona. Cantadas las horas, se reviste el Prelado y se procede al lavatorio. Dos acólitos con albas y collares morados traen una vacía y un aguamanil; otro conduce trece toallas en una bandeja y otro igual número de *pro-*

pinas o limosnas en una salvilla, para los trece pobres que actúan en la ceremonia.

¿Por qué son trece en vez de doce como fueron los varones que formaban el apostolado?

Se dice que teniendo San Gregorio el Magno dispuestos el lavatorio y comida para doce pobres, surgió de modo invisible uno más, y que terminada la comida desapareció en la misma forma, suponiéndose piadosamente que sólo un ángel podía ser el número trece. En memoria de esta tradición se grabaron los siguientes versos en el templo que Roma edificó a San Gregorio:

*Bissenos hic Gregorius pascebat gentes
Angelus et decimus tertius accubuit.*

El cabildo ocupa los bancos situados entre coros: sube Su Eminencia, se canta la antifona *Suscipiamus*, lava el pie derecho de cada pobre, hace una cruz en él, besándola, y después de enjugarle, entrega la propina o limosna.

¡Un Dios, humillándose a los pies de aquellos rústicos y pobres pescadores daba ejemplo a la soberbia de los emperadores romanos que deificaron sus vicios más repugnantes! Jesús lavaba los pies de sus discípulos, hombres tan humildes como aquellos esclavos embreados que ardían cual grasientas antorchas en los jardines de la Roma corrompida. Mientras los tiranos hacían teas del cuerpo del hombre para alumbrar sus festines, Jesús hace un luminar de cada alma que le sigue para iluminar la florida senda de la humildad.

Al ver al prelado venerable postrado ante el pobre en nuestra Catedral y recordar a los soberanos católicos, depuestos cetro y corona, en la misma actitud en sus palacios, podemos formarnos idea de aquel Dios, rey de los espacios siderales, dejando el alcázar de la inmensidad y deponiendo su corona, formada por todos los astros de la creación, para lavar los pies de aquellos hombres.

Las grandezas se suceden unas a otras y de misterio en misterio el espíritu vuela de un prodigio a otro mayor.

La misa, siempre solemne, lo es más el Jueves Santo, porque en él se conmemora la institución de la Eucaristía.

Por eso vemos delante de los velos morados de los altares las blancas vestiduras de los sacerdotes; son paréntesis de alegría abiertos en el luto de la Iglesia. Por eso, entre las opacidades del templo, oscurecido por gasas funerales, brillan las alegres llamas de los cirios; son pálidos reflejos de los resplandores eucarísticos del cenáculo. Por eso, tras los crespones violáceos de las hornacinas, vemos las siluetas desvanecidas de las imáge-

nes; son los discípulos que, escondidos mientras la Pasión, esperan la hora de salir a predicar la institución de la cena. Por eso, en fin, cuando la Iglesia llora, y el órgano enmudece y los salmos son gritos de dolor, las campanillas cantan, el gloria alegra y las armonías de los flautados resuenan por las naves; son las alabanzas de los ángeles y de los hombres a la hostia salvadora que nace alegre y pura del tenebroso drama del Calvario.

Como esta es la fiesta de la consagración, la Iglesia, conmemorando la del pan y el vino, consagra también el crisma y los óleos, de catecúmenos y enfermos.

La misa se interrumpe; el Prelado baja a la gran plataforma, y se entona el *Oleum infirmorum*. Sobre la mesa hay tres jarras de plata cubiertas por paños morados. El consagrante, en pie y con mitra, exorciza los óleos con las palabras *exorcizote inmundisima*.

Al concluir la consagración sube el pontifical a la capilla Mayor y continúa el sacrificio, hasta consumir el *sanguis*, dejando la hostia en el cáliz para colocarla después en el monumento.

Empieza la comunión general: dos lectores sostienen por los extremos una toalla de lienzo delgado con flecos de oro: el diácono y subdiácono tienen cálices con vino para la ablución, y dos sacristanes, a los lados, quitan y ponen las estolas a los que comulgan. Como el número de éstos es grande y el plano y escalera de la capilla Mayor amplios y desahogados, la ceremonia tiene gran lucimiento y el efecto que produce es grandioso.

Consumidas por el preste las formas que han quedado en el copón, se procede a la consagración de óleos, bajando, de nuevo, a la plataforma, seguido del acompañamiento pontifical. Una vez instalados en ella, el asistente del coro de Su Eminencia, dice: *Oleum cathecumenorum*, y después *Oleum ad Sanctum crisma*. La procesión que los conduce sale de la capilla del Sagrario: los pertigueros abren paso y les siguen los lectores, manga de plata, ciriales, diáconos que llevan las ampollas del óleo y del crisma, un subdiácono con el copón que encierra el bálsamo, seises y maestros de melodía. Al llegar al tablado de entre coros, se colocan las jarras del Santo Crisma a la derecha del sitial del Arzobispo y a la izquierda las del óleo de catecúmenos.

Puestas las jarras sobre la mesa, el Cardenal echa en el copón el bálsamo con una cuchara grande y un poco de óleo de las ampollas del crisma, limpiando el maestro con un algodón los bordes de la jarra para que no queden residuos. El consagrante

alienta tres veces en forma de cruz, de labio a labio de cada ánfora, ceremonia que repiten seis presbíteros del costado derecho de la plataforma y otros seis del izquierdo. Después de rezar varias oraciones, el Prelado toma el vaso del bálsamo, en el que se ha mezclado el óleo anteriormente, y con el mismo vaso y cuchara de plata lo echa en la ampolla del crisma, diciendo: *Hæsanctus crisma*: besa los labios de la jarra, y, como él, los doce presbíteros de los bancos.

En la misma forma, salvas pequeñas diferencias litúrgicas, se consagra el óleo de catecúmenos.

La misa continúa hasta su fin ordinario, y revestido el celebrante con capa pluvial blanca, se organiza la procesión al monumento, en cuya primera grada el diácono recibe el cáliz para depositarle en el arca, entregando una de sus llaves al deán y otra al tesorero.

El monumento.

Desde tiempo de los apóstoles se conmemoran en él dos hechos transcendentales de la Pasión: uno es la prisión de Jesús; otro el sepulcro nuevo en que fué inhumado su cuerpo. Como éste se desnudó para la flagelación, terminada la Misa se levantan los manteles de los altares, para dejarlos, también, desnudos. Antiguamente se lavaban con vino después de descubrirlos, costumbre que aún hoy se conserva en algunos conventos de predicadores y carmelitas franceses y alemanes.

Así preparada la Iglesia con este aspecto inusitado y triste, la atención se concreta más al objeto principal de este día, que es el monumento, el que ya hace unos años no se coloca.

El de nuestra grandiosa basílica fué mandado construir por el cardenal D. Luis María de Borbón y se estrenó en la Semana Santa de 1807; ocupaba un espacio de 114 pies de largo, 44 de ancho y 80 de alto.

Le dirigió el arquitecto D. Ignacio Haam; era de madera pintada imitando jaspes y se armaba con tornillos y tornapuntas, sin fijar para su sostenimiento un sólo clavo. Una escalinata de treinta gradas arrancaba desde el pavimento, formando una meseta, en el noveno escalón, que terminaba en dos plintos: sobre ellos se colocaban cuatro estatuas bastantes mayores que el tamaño natural que representaban soldados romanos custodiando el sepulcro. Las hizo el escultor D. Joaquín Aralí.

El segundo tramo de la escalinata subía estrechándose hasta la plataforma, en que se colocaba el tabernáculo, y en la mitad de la

ANIS DEL MONO

VICENTE BOSCH BADALONA:

FIRMA

BOSCH Y C.^A

Merced, n.º 10

BARCELONA

gradería se veían otras esculturas que figuraban dos ángeles arrodillados sobre nubes.

El templete era de orden corintio y le formaban dieciséis columnas en grupos de cuatro, que sustentaban un gran cornisamento adornado con ocho estatuas de ángeles, de mayor mérito que las anteriores, obra de D. Mariano Salvatierra. Terminaba en una cúpula en forma de media naranja, con festones en las juntas y que cargaba como pesada mole sobre el resto del tabernáculo, rematado por un grupo de nubes que sostenía una escultura de la Fe.

Dos arcos tiene la Catedral para colocarlas en el monumento: una de plata, magnífica, que se guarda en el Ochavo; otra de madera del orden propio del monumento.

Dentro de la que se usa, se colocaba una reliquia que el Sr. Parro describe en esta forma: «Es un pedazo de piedra del santo sepulcro de Jesucristo, como de una tercia de largo y media de ancho y una pulgada de grueso, que, engastado en un cerco de plata dorada, con adornos de pedrería fina, y sobre cuatro patitas de lo mismo en los ángulos, sirve de ara para el cáliz que se encierra con el Santísimo Sacramento.»

Cobijaba todo el monumento un riquísimo pabellón de sarga de seda carmesí, salpicado de estrellas bordadas con oro, fajas de paño y cordones del mismo metal.

La bóveda en que se colocaba el monumento la cerraba una magnífica colgadura de terciopelo del mismo color del pabellón.

Y por último, para terminar esta reseña, diremos que, aparte de la riqueza material de lo que dejamos apuntado, había una cruz suspendida desde la bóveda, que era la nota que imprimía carácter al monumento.

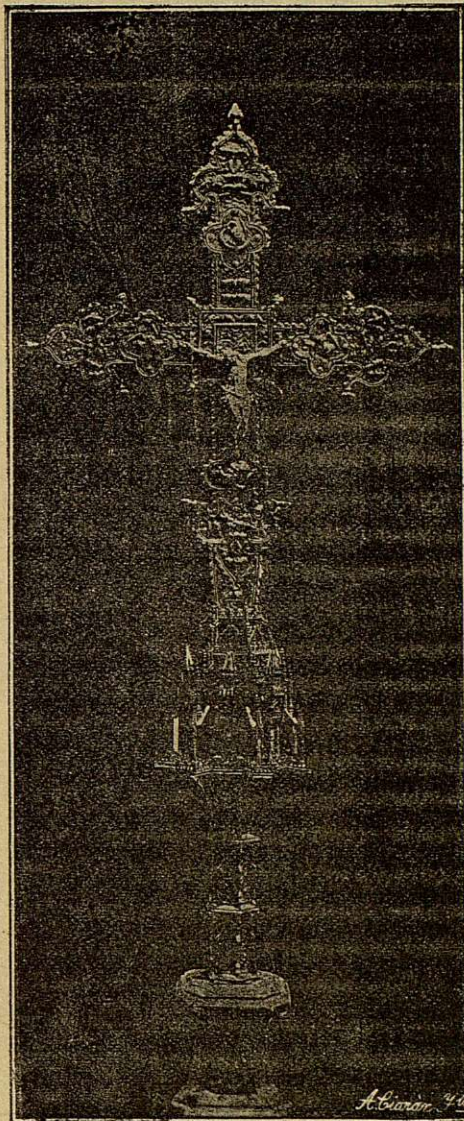
En efecto; la idea de cubrir literalmente de luces el símbolo de la Redención, luces que brillaban sobre su dorada superficie, destacándose sobre los paños de grana de las cortinas, y a la altura en que la sostenían cuerdas que resultaban invisibles por las penumbras de aquel recinto, hacía a la imaginación recordar el famoso lábaro de Constantino, aparecido en los espacios, para decirle: «Este es el signo de la victoria.»

Viernes Santo.

Aún quedan en el apartado lugar del monumento los esplendores del Jueves Santo, y los cirios y el humo del incienso caldean con sus resplandores y perfumes el ambiente de la Catedral.

Pero como contraste entre el ayer de la institución Eucarística y el hoy de la catástrofe del Calvario, el altar Mayor está

oscuro, una sabanilla plegada sobre el ara recuerda el sudario que envolviera un día el cuerpo del Redentor; seis velas amarillas parecen tristes blandones funerarios que han de apagarse cuando el velo del templo se desgarre; los negros ornamentos preparados sobre la mesa semejan vestiduras prevenidas para un luto que se espera; y el *Lignum Crucis*, aún cubierto, colocado en medio de la gradilla, recuerda el ominoso madero del



suplicio, hoy signo adorado del cristianismo, elevándose imponente y severo en la escarpada cumbre del Calvario.

Sólo un paño blanco, enriquecido por el oro, brilla entre tantas nebruras; como la paz de la cena y la blancura de la hostia entre los horrores del sacrificio. Es el que va a cubrir los hombros del prelado para traer el copón del monumento.

Este es el aspecto que ofrece la Catedral el viernes por la mañana. Se han cantado las horas, y al empezar la Nona, se administran ornamentos al cardenal.

El celebrante, diácono y subdiácono se postran ante el altar, significando la oración de Jesús en el huerto y su humildad, echándose en la tierra para pedir al Eterno Padre que, si era posible, pasase aquel cáliz de amargura, aunque el espíritu estaba pronto a obedecer.

Cantadas las profecías y lecciones, se dice: *Flectamus genua*, hincando las rodillas todos menos su Eminencia, y el coro responde: *Levate*. Sigue la Pasión, y terminada ésta, empieza la

Adoración de la Cruz.

El apuntador envía al maestro de ceremonias las monedas para la cuestación, mientras el celebrante canta *Oremus Dilectissima* y el diácono *Flectamus genua*.

Los peones tienden una alfombra en el plano desde la puerta hasta las gradas, y los sacristanes colocan un almohadón cubierto de damasco morado para apoyar la cabecera de la cruz, y, a su lado, una gran bandeja de plata.

El oficiante recibe de manos del diácono el *Lignum Crucis*, reliquia encerrada en una magnífica alhaja en forma de cruz y empieza a descubrirla en el costado derecho del altar, que simboliza Palestina situada al Oriente, de la que se dijo era la diestra del mundo por haberse conocido en ella a Jesús y ser teatro de su Pasión incomparable.

Descubierto el brazo derecho de la Cruz dice el Prelado mostrándole al pueblo: *Ecce Lignum Crucis*, recordando el rostro de Jesús descubierto por los judíos en casa de Caifás y maltratado por ellos.

Repetida la ceremonia y quitado el velo blanco que cubre el *Lignum Crucis*, lo eleva el preste en medio del altar, en conmemoración de las palabras del salmo 73, que dice que la redención tuvo lugar en medio de la tierra.

La adoración del santo árbol del suplicio la empieza el Cardenal despojándose del calzado que se recoge en una bandeja de plata. Hace tres genuflexiones y besa el pie de la cruz, ceremonia que repiten los asistentes, diácono, subdiácono, los tres ministros, o sean los portadores del báculo, mitra y libro, el deán, cabildo, racioneros, y después los que reciben el nombre de *huéspedes* en el coro.

Las velas se encienden y la cruz se coloca en la gradería. Vuelve la procesión al monumento y la hostia se deposita sobre el ara.

FABRICA DE RELOJES
CARLOS COPPEL
Fuencarral, núm. 27, MADRID

Ultimas novedades en relojes de pulsera.—Único depósito en España de los afamados **RELOJES DE PRECISIÓN M. Z.**—A cada reloj acompaña certificado de garantía.—Remesas a provincias.

Se acerca el término del gran misterio. El celebrante levanta la forma con la mano derecha, evocando la memoria de los cristianos en los dos primeros siglos, que observaban el ayuno con tal rigor que se privaban de ver la Eucaristía, alimento predilecto de sus espíritus. El preste la consume, y el Sacramento desaparecía del templo, como Jesús desapareció de la tierra, si la Iglesia no reservara el copón para administrar el Viático a los enfermos.

Y cuando los altares se desnudan, y los sacerdotes se retiran en el silencio, y los góticos ventanales se cubren por opacas cortinas, y las tinieblas oscurecen las naves del recinto, como oscurecieron un día las amplitudes del globo, se oye en la Cátedra del Espíritu Santo el sermón de las siete palabras; resuena el *Consumatum est* y el terrible drama del Gólgota se ha terminado. Pero acaba con la conflagración del mundo; y así como el terremoto hace crugir al eje del planeta, el sentimiento desgarró la fibra maternal del corazón de la Virgen, sola, poética y sublime al pie de la Cruz en su Calvario.

Sábado Santo.

Comienzan los oficios a las siete de la mañana. En la capilla del Sagrario hay una mesa cubierta y en ella cinco piñas, algunos gramos de incienso, el cirio, un brasero de plata con lumbre nueva, paletilla, pajueta para encender, un cálderillo con aceite y dos velas apagadas.

La bendición del cirio fué instituída por los pontífices Zósimo y Teodoro, y las oraciones fueron compuestas por San Ambrosio.

Dice Durando que el cirio representa a Cristo, luz verdadera que alumbra en medio de las tinieblas; que el pábilo simboliza su alma, la cera su humildad y el resplandor su esencia divina. San Juan dice que es emblema de la ley de gracia, y otros autores que es la Resurrección o la columna de fuego que guiaba al pueblo de Israel.

La lumbre que se saca del pedernal es una alegoría a Cristo, como piedra en la que golpeó el pueblo judío, encendiendo las cinco hogueras del amor de Cristo a los hombres.

La culebrina o caña en que se fijan las tres velas representa la humildad de Jesús y las luces la Santísima Trinidad; los granos de incienso, los aromas comprados por las mujeres para ungir a Cristo o las cinco llagas abiertas en su cuerpo en la crucifixión.

Encendida la vela de la paletilla con la pajueta, canta el coro *Lumen Christi*, se po-

nen los granos de incienso en el cirio y se enciende una de las velas de la culebrina.

Cantadas las profecías, se procede a la

Bendición de la pila.

En la capilla del Baptisterio hay prevenida una sabanilla, dos vinajeras con crisma y óleo, una salvilla, tres migas de pan, un jarro y una fuente. Cantan *Sicut cervus*, etcétera y sumergen el cirio en el agua tres veces consecutivas: la primera por la venida del Espíritu Santo en el bautismo de Jesús; la segunda por la inmersión de éste en las aguas del Jordán, y la tercera por el clamor que lanzó en la cruz al entregar su espíritu. El acto de soplar el preste en el líquido contenido en la pila, significa la acción de purgarle de los poderes maléficis para indicar que éstos se vencen con un soplo, si le inspira la religión del Justo.

Quando se mezclan con el agua el óleo y el crisma, se dice: *Conmixtio crismatis sanctificationis*, y el sacerdote se lava las manos enjugándolas con la miga de pan.

La procesión, cantando la letanía de los santos, regresa al presbiterio; las luces del altar están encendidas; los sacerdotes se presentan con ornamentos blancos; las cortinas de los retablos empiezan a moverse como si fueran los tejidos carnales del divino cuerpo, cuando en obediencia a la ley del Eterno, perdía su rigidez para salir triunfante del sepulcro. Las impacientes manos de los acólitos hacen sonar antes de tiempo los discos de las campanillas. El organista, acomodándose en su asiento, pisa las contras del órgano, que producen algún sonido prematuro. El público se mueve impaciente; la devota se acerca a la capilla donde se venera la milagrosa imagen de la Virgen, oculta a sus ojos hace quince días. Los acólitos, preparados en la *puerta chica* del presbiterio, asoman por las jambas las sotanillas encarnadas.... Por fin resuena el *Gloria in excelsis* y las impacencias se satisfacen, porque los velos se descorren, las ventanas dan paso a la luz, la lengüetería del órgano a sus sonidos, las campanillas dejan oír sus argentinos ecos; la devota ve a su imagen engalanada con blancos cendales y la imaginación exaltada ve elevarse, majestuosa, la figura del Mártir del Gólgota, triunfando con la humildad de la soberbia de sus detractores.

El drama ha terminado con la victoria de Jesús en la Tierra.... El traidor ha descendido al cuarto recinto del infierno del Dante.

El ángel rebelde quedó sumergido en las heladas simas del Cocito. Díte o Lucifer, entre las cortantes olas de hielo, mueve sus

alas de murciélago produciendo tres vientos distintos, y las mandíbulas de sus tres cabezas mascullando tres cuerpos: Bruto y Casio, los asesinos de César; Judas, el asesino de Cristo:

El Iscariote agita su cabeza dentro de la boca de monstruo.... Es la comunión sacrílega de Lucifer, desgarrando el cuerpo del traidor que se celebra en los altares del mal por la iniquidad de Judas descubierta en la Cena.... Mientras, arriba, en la Iglesia, en los místicos altares de Jesús, comulga el cristiano con la hostia santificada en el cenáculo, paladeando, temeroso de lastimar con las durezas de su boca el divino manjar de la Eucaristía

José María Ovejero.

NOTAS TOLEDANAS

La calle de Monegro. — Una de nuestras calles más típicas, perteneciente a la antigua feligresía de San Lorenzo, lleva en la actualidad el nombre de *callejón del Monago*. ¿Es éste su verdadero título? Opinamos que no; fundándonos en que el nomenclátor incluido en la Historia de Toledo del Sr. Martín-Gamero (página 1.103), el Plano de Coello e Hijón (1858), y el Plano y Guía de Reinoso (1882), la denominan *calle del Corral de Monegro*, y el Nomenclátor de las vías públicas de la ciudad de Toledo del año 1864, *calle de Monegro*.

El haberse llamado, antes de ahora, calle del Corral de Monegro o calle de Monegro obedece, sin duda, a que en ella vivió y tuvo su taller el toledano Juan Bautista Monegro, célebre escultor y arquitecto del último tercio del siglo XVI y comienzos del XVII; artista, en suma, digno, por más de un concepto, de que la ciudad que le vió nacer recuerde y venera su nombre. Efectivamente, Monegro era feligrés de San Lorenzo, porque en esta suprimida Parroquia existe su partida de defunción, publicada por Cean Bermúdez hace ya más de un siglo.

¿Cómo la calle de Monegro vino a llamarse, andando el tiempo, callejón del Monago? Acaso, alguna de las veces que se ha llevado a cabo nueva rotulación en las calles de Toledo, la ignorancia de la persona encargada de hacerla convirtió el

COMPañÍA COLONIAL

Chocolates, Cafés, Tes, Tapiocas.

Depósito general: Mayor, 18, Madrid.

GRANDES FÁBRICAS MOVIDAS A VAPOR EN PINTO

vocablo *Monegro*, que para ella no tendría ningún sentido, por el de *monago*, creyendo que ésta era su verdadera significación. Pudo ocurrir también, que el Ayuntamiento acordase dar el nombre del afamado artista a la calle donde aquél había vivido, y que el acuerdo no llegara a cumplirse. Pero cualquiera que haya sido la causa, el hecho es que se ha abandonado el nombre de un toledano ilustre, que iba unido a un recuerdo de su vida, por otro de significación vulgar y nada castizo, acusando dicho cambio bastante desidia, por no decir supina ignorancia.

Nosotros deseamos que este agravio quede reparado, y no nos equivocamos al afirmar que de este mismo deseo participan los amantes de la historia toledana; y para evitar que en el transcurso del tiempo, por circunstancias análogas a las anteriormente expresadas, se confundan ambos nombres, debe rotularse dicha calle de modo que no deje lugar a dudas, poniéndose el siguiente título: *Calle de Juan Bautista Monegro*.

**

¿Un nuevo Nomenclátor?— Escritas las anteriores líneas llega a nosotros la noticia, de que la Comisión defensora de los intereses históricos y artísticos del Excmo. Ayuntamiento trata de reformar el nomenclátor de las calles toledanas. Se presenta ocasión muy oportuna de atender nuestra súplica, y aplaudimos, sin reservas, la idea, si esa reforma llega a ser fruto de un detenido estudio.

En nuestra opinión aquélla debe limitarse: 1.º A restablecer nombres de calles injustamente desaparecidos (ejemplo, el caso de *Monegro*, que hemos denunciado). 2.º A cambiar algunos de los nombres actuales por otros de toledanos verdaderamente ilustres, cuya memoria yace olvidada en nuestra ciudad, siempre que la calle que va a recibir denominación distinta tenga alguna relación histórica con el personaje que se trata de rememorar, por haber éste vivido en ella o por otra causa cualquiera. Pero, antes de modificar algún nombre, debe tenerse mucho cuidado en ver si existe motivo histórico que lo impida. De este modo no se repetirán casos, tan desdichados, como el de dar el nombre de

Garcilaso, a la calle de las Cadenas; el de Venancio González, a la de las Armas; y el de Abdón de Paz, a la plaza de la Cabeza.

Como complemento de la reforma debería publicarse un libro, que sería sugestivo, admirable, en el cual se estudiase la historia de nuestras calles, sus tradiciones, la razón de sus nombres, etc. Por fortuna, no faltan escritores toledanos que podrían acometer tal empresa, merecedora del mayor encomio.

Francisco de San Román.

(De la época de Cervantes).

Cristóbal de ROJAS

(Continuación).

No obstante la orden del Monarca, y que de allá, de Cádiz, le reclamaban para celebrar su matrimonio en segundas nupcias, Rojas continuó en Madrid y en Toledo. Quizá esa detención obedeciera a las no muy agradables noticias que el ayudante Alonso Turriño le comunicó. Los amigos preparábanle «para señalado día una fiesta de rumbo y estruendo», que mal se avenía con el carácter de Rojas; y, pretextando ocupaciones en la Corte, envió poderes para que, representado por el Gobernador y Capitán de Guerra en Cádiz D. Fernando de Agreda, se verificara, el día 8 de Junio en la Parroquia del Sagrario, el matrimonio que Rojas tenía concertado con D.^a Marina Bassobal, que tiempo después trocó este apellido por el de Spínola, de rancio abolengo en la provincia gaditana (1600).

Alternando Rojas sus estancias, ya en la Corte, ya en Cádiz, transcurrieron media docena de años, y con ellos sucedíanse las peticiones y los memoriales, que reflejaban la extrema necesidad en que se veía por adeudársele hasta cinco anualidades.

En una de aquellas cartas-súplicas así decía: «No sé qué delitos he hecho para que se use conmigo tanto rigor en quitarme la comida, cosa que a los esclavos no se puede hacer, y ha llegado ésto a tanto

extremo, que como debo muchas deudas viejas, no hay hombre que me quiera prestar un real, por lo cual estoy tan desdeñado y corrido de verme de esta suerte, que no sé qué ha de ser de mí no teniendo un real para unos zapatos.»

Pero dejemos al soldado que aún en 1607 seguía recordando al Rey el abono de algunos sueldos, no precisamente para comer y desempeñarse, sino para ingresar en un monasterio a dos hijas de su primer matrimonio, con lo que «quedaría libre y desembarazado para poder acudir a las partes que V. M. le mandare, porque además de hacerle V. M. merced, será obra de misericordia el remediar estas dos huérfanas.»

Y volviendo los ojos al escritor, nos encontramos que, paralizadas las obras en Cádiz, Rojas, siempre laborioso, dedicó sus ocios a escribir un hermoso

«Sumario de la milicia antigua y moderna, con la orden de hacer un exercito de naciones y marchar con el y alojarlo y sitjar una plaza fuerte: y otros discursos militares con una relación de los Reyes que ha havido desde el Rey D. Rodrigo hasta el dignísimo Rey de España D. Felipe tercero: y la fortificación real y no real: y un tratado de la artilleria y al fin un modo nuevo de fabricar dentro de la mar las Torres a menos costa y la obra más firme. Dirigido al Rey nuestro señor 3.º de este nombre, por el Capitán Christoual de Roxas, Ingeniero militar. Año 1607.»

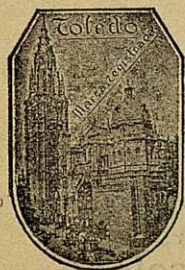
Concienzudo escrito cuyo códice original es un volumen en 4.º, con 111 folios.

De años posteriores consérvanse un «Discurso del Capitán Cristóbal de Rojas, Ingeniero militar del Rey nuestro Señor, sobre la fortificación del Puntal y Matagorda de la bahía de la ciudad de Cádiz», firmado en aquella plaza a 15 de Diciembre de 1609.

«Vn breve discurso del Capitán Christobalde Rojas, Ingeniero militar de S. M., sobre vna opinión nueva que a salido, de que sean vazios los baluartes de la fortificación y no macigos»; discurso que dirigió al Rey en Madrid con fecha 27 de Agosto de 1611.

Adolfo Aragonés.

(Continuará.)



MAZAPÁN DE TOLEDO

Marca **TOLEDO** registrada

EXPORTACIÓN A TODO EL MUNDO.—CALIDADES GARANTIDAS

GRAN FÁBRICA DE SANTIAGO CAMARASA

TOLEDO



Tercer Centenario de la muerte de Cervantes.

Queremos honrar, en nuestra muy modesta revista, al muy ilustre español, honra y prez de la patria hispana.

Es deber hacerlo a todos los suyos, porque su nombre es la bandera gloriosa que domina al mundo, y ante la cual se reverencian todos los ingenios.

¡Cervantes!

Porque fué el más grande español, y su labor, inmortal, nuestro triunfo más sonoro en la vida de hombres.

¡Cervantes!

Rendimos pleitesía a su memoria con estas dos páginas de prosas cervantinas-toledanas, que dicen de nuestra gran admiración, de nuestro respeto santo, las que continuaremos publicando en los siguientes números.

Cervantes y Toledo.

Artículos de Juan Moraleda y Esteban.

Cervantes, toledano.

El valiente soldado español, el aventurero joven de ilustre apellido, el héroe en la memorable jornada de Lepanto, el erudito correcto hablista, príncipe de los ingenios nacionales, el alcaláino MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, quiso ser por adopción toledano, ya que la madre Naturaleza le hizo venir al mundo en la *Cómpluto* castellana.

Por su paisano han intentado hacerle pasar los naturales de Alcázar de San Juan y de otras poblaciones, mas sus deseos quedaron—no obstante su labor entusiástica—en pueriles ilusiones.

Sevilla, Alcalá, Salamanca y Toledo se disputan aún el honor de haberle visto frecuentar sus aulas, pareciendo más probable y acertado el que estudiara en la ciudad del Guadalquivir, no sin que haya quien conjeture que debió verificarlo en Alcalá o Toledo, teniendo en cuenta el domicilio de su familia y las dificultades de trasladarse fácilmente en su tiempo a largas distancias.

Argúyese a esto que Cervantes contaba con parientes en la reina de Andalucía;

razón que pudieran aducir Galicia, Córdoba, Toledo, Sevilla y otras ciudades que contaban en su núcleo miembros del apellido *Cervantes* a la sazón.

Admita el lector lo que más sea de su agrado por natural afección o por conocimiento de testimonios fidedignos en cuanto a esto se refiere, que nosotros no tratamos de imponer nuestras aseveraciones a ningún mortal: pero sí observaremos que algo y aun *algos* debieron influir en el ánimo del bien organizado castellano escritor para que en la mayoría de sus correctas e inspiradas producciones literarias aparezcan *clérigos* toledanos, *refranes* carpetanos, *truhanes* y *hampa* del Zocodover, *mozas* de mesón y de partido manchegas y paisanas de Garcilaso de la Vega, *señores* y *ciudadanos* de alcurnia toledana, *platos* netamente de factura cortesana imperial, *costumbres* y *tipos* así claustrales como de andanzas callejeras usuales en la cuna de los Eugenio y los Alfonso.

¿No denuncia bien a las claras el ser toledano de corazón quien con efusión y entusiasmo estudió nuestra imperial ciudad, sus grandezas históricas y artísticas, sus defectos—en cuanto a vicios y topografía concierne—, sus hombres y sus

producciones?.... ¿No habla con elocuencia innegable en pro de nuestra afirmación el *Callejón del vino de Esquivias*, en donde habitara temporadas diversas la linda y sencilla mujer que conmoviera el alma del ingenioso mancebo que asombró al mundo con su *Quijote*?.... ¡Si las paredes de tan angosto—y desprovisto de ornato—callejón nos pudieran hablar, cuántas cosas nos refirieran de las que fueron mil veces testigos leales!

Consúltense además los *Recuerdos de Toledo sacados de las obras de Miguel de Cervante Saavedra* (cartas a Mr. Droap), por D. Antonio Martín Gamero—Toledo, 1869—; *Toledo en el Quijote*, de don S. M. Paniagua, trabajo publicado en artículos en *El Heraldo Toledano* de 6, 13 y 20 de Mayo y 3, 10 y 17 de Junio de 1905.

Como ambos estudios son eminentemente raros y nosotros los poseemos en nuestra biblioteca particular toledana, los ponemos a disposición de quien o quienes tuviesen interés en consultarlos, para que se persuadan de que no es un deseo, una idealidad, una pasión el que sostengamos que el gran hablista, el literato sin segundo MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, fuera toledano de corazón.

MATA TODOS LOS INSECTOS
el polvo insecticida «CAUBET»

que venden las droguerías, farmacias, ultramarinos y ferreterías.

Pedir las marcas de fama mundial «La Montenegrine», caja-fuelle, y «L'Eclair», bote-pulverizador.

Antonio Caubet, Sociedad Anónima.—Apartado 522, Barcelona.

¿Por qué vino Cervantes a Toledo?

El libro del cronista toledano D. Antonio Martín Gamero «*Recuerdos de Toledo sacados de las Obras de Miguel de Cervantes Saavedra. Carta a Mr. Droap*».—Toledo, 1869—, expone las causas que indujeron al príncipe de los ingenios a venir a morar a la ex corte española.

La *afición*, el *amor* y el *hambre* parece que fueron los acicates que determinaron al *Manco de Lepanto* a constituirse en vecino de la ciudad encantada del Tajo.

Aquí moraban los ingenios de la época, tanto seculares como eclesiásticos; aquí tenía sus amores; aquí halló lenitivo al torcedor de la escasez. Aquí, pues, vió su centro de acción.

¡Quién dijera que tal huésped había de satisfacer con *superávit* cuantas atenciones, aplausos y aun placeres se le tuvieran y proporcionaran!...

¡De qué manera tan peregrina y original demostró su agradecimiento a su adoptiva población! ¡Ojalá tuviera muchos imitadores!

«Sin ser hijo de Toledo—dice Gamero en su anotado raro libro—se constituyó en poeta, pintor e historiador de la imperial ciudad de los Alfonsos y Padillas; retrató con los individuos las clases, y nos dejó en varios trozos, que nadie se cuidó de unir hasta hoy, el cuadro completo de la sociedad de su época».

En tal *moneda* satisfizo el prodigioso escritor, maravilla de todos los tiempos, la deuda de *bien nacido* a la destronada de la peñascosa cumbre carpetana y sus habitantes!

El juzgó, con excelentísimo criterio, que su presencia en la *ínsula del Tajo* era necesaria y útil al par en los tiempos que

alcanzara, y por esa razón vino aquí para satisfacer sus deseos como sociólogo, como patriota y como hombre, no egoísticamente sentidos de un todo, sino impulsado por su espíritu recto y creador en bien de sus coetáneos: *medium* sobrenatural que Dios lanzara a la mundana vida para servir de astro-guía a naciones diversas en distintos órdenes.

¡A Toledo había de haber venido para cumplir su misión, describiendo retratos, costumbres, sentimientos, de una de las más grandes épocas de la historia de España!

¡Bendita hora la de su arribo a Toledo! ¡Gracias le sean dadas al alcaláino bravo y soñador, caballero y religioso!

La calle de Miguel de Cervantes.

Una de las vías públicas de la ciudad de Toledo que recordaba un antiguo Monasterio de varones, cambió su nombre en el año de 1905.

Denominábase *calle del Carmen* porque en su extremo oriental y adosado a la muralla romana existió en la edad media un Convento de Padres Carmelitas Calzados, teniendo al S. *El Pradillo de los Ahorcados* y al N. las ruinas de la Iglesia Mozárabe de *Santa María de Alficén* o de la *Ciudadela*.

Como quiera que en la extremidad occidental de esta *calle* se encuentra emplazado el antiguo *Mesón del Sevillano*, hoy *Posada de la Sangre de Cristo* (así denominado por tener próximo el Arco de Zecodover, sobre el cual se conserva y venera públicamente el *Cristo de la Sangre*, de la Cofradía omónima que asiste a los reos de muerte), y habiendo escrito en esta *posada* o *mesón* el insigne Cervantes su ILUS-

TRE FREGONA, el Excmo. Ayuntamiento de la ciudad Imperial acordó en el referido año de 1905—centenario de la publicación del *Quijote*,—el asignar para lo sucesivo a la dicha *calle del Carmen* el título de CALLE DE CERVANTES, sustitución bien recibida por ser justísima y oportuna en aquella memorable fecha (1).

Sello de correos que recuerda

mercaderes antiguos toledanos.

En el CAPÍTULO IV de *Don Quijote*, que lleva por epígrafe: «*De lo que sucedió a nuestro caballero cuando salió de la Venta*», se refiere el hallazgo del niño o jovencito *Andrés* azotado, y a continuación, se encuentra el hecho de haber provocado y acometido el *Ingenioso Hidalgo*, lanza en ristre, a los cuatro mercaderes toledanos que en sus mulos y con sus criados se dirigían a Murcia para comprar sedas, por cuya inopinada provocación y acometida fué apaleado por uno de los susodichos servidores, con su misma lanza rota, el *desfacedor de entuertos*.

Este caballeresco, cuanto vesánico episodio, será representado en uno de los sellos de Correos conmemorativos del Centenario de la muerte de Miguel de Cervantes: es de veinte céntimos, y le ha dibujado—como toda la serie conmemorativa de sellos oficiales—el notable pintor señor Moreno Carbonero.

¿Cómo había de olvidar *Cervantes* a la *industria de la seda* tan floreciente en Toledo en su tiempo?....

¿Cómo no recordarla en los sellos centenarios?....

Era justo el hacerlo y se hará.

(1) El 25 de Enero se tomó tal acuerdo por la Corporación municipal.

EXQUISITAS PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

MARCA **P U M** REGISTRADA

DE VENTA EN TODAS PARTES ... LAS MEJORES

Depósito en Madrid: MANTEQUERÍAS LEONESAS, Nicolás M.^a Rivero, 8 y 10.

TURISMO

Es deber de todos los hombres, defender sus pueblos, las tierras donde nacieron, y defenderlos, no solamente del mal que los amenace, sino de algo más importante, de algo más particularísimo: del olvido de los demás hombres, del exceso de pasividad en ellos y de la gran actividad del pueblo vecino, por cuya razón se hace más latente la diferencia.

Y esta defensa es más natural y más lógica, cuando se trata de pueblos bellos que merecen figurar a la cabeza de todos.

Hé aquí bien demostrada nuestra actitud con esta sección, pues España es el pueblo más bello de todos y sobradamente conocido de los demás, que le quieren restar lo que sólo es suyo, personalísimo.

EL ESCORIAL

Hotel Reina Victoria.

BILBAO

Hotel Inglaterra.

ZARAGOZA

Hotel Internacional.

ALICANTE

Hotel Samper.

MELILLA

Hotel Reina Victoria.

CÁDIZ

Hotel Francia y París.

CARTAGENA

Hotel Francia y París.

MÁLAGA

Hotel Regina.

MURCIA

Palace Hotel.

PALMA DE MALLORCA

Gran Hotel Villa Victoria.

OPORTO

Hotel París.

LISBOA

Hotel Central.

Nuevo Hotel «GRANULLAQUE»

RESTAURANT

Barrio Rey, 2, 4 y 6, Teléfono 14. — TOLEDO

Edificio construido expresamente para hotel e inmediato a Zocodover, Central de Correos y de Ferrocarriles, Banco, etc.

Confortables habitaciones con balcones a la calle y plaza de Barrio Rey.

Mobiliario completamente nuevo y moderno.

Timbres y alumbrado eléctrico. Water-closet y baño.

Gran salón-comedor con mesas independientes.

Intérprete y coche propiedad del Hotel a la llegada de los trenes.

VALENCIA

Hotel Reina Victoria.

IRÚN

Palace Hotel.

CIUDAD REAL

Hotel Pizarroso.

BURGOS

Hotel Universal.

SEVILLA

Hotel de Oriente.

CÓRDOBA

Hotel Suizo.

GIBRALTAR

Gran Hotel.

SAN SEBASTIÁN

Hotel Continental.

VALLADOLID

Hotel Moderno.

SALAMANCA

Hotel Comercio.

GUADALAJARA

Palace Hotel Español.

SEGOVIA

Hotel París.

VITORIA

Hotel Quintanilla.

TARRAGONA

Hotel Europa.

PALENCIA

Central Hotel.

PAMPLONA

Gran Hotel.

PONTEVEDRA

Hotel Méndez Núñez.

LOGROÑO

Hotel París.

CORUÑA

Hotel de Francia.

ARANJUEZ

Hotel Gallo.

LUGO

Hotel Méndez Núñez.

OVIEDO

Nuevo Hotel París.

GRANADA

Hotel Washington.

ORENSE

Hotel Roma.

GIJÓN

Hotel La Iberia.

LÉRIDA

Palace Hotel.

HENDAYE

Hotel de France et d'Anglaterra.

ZAMORA

Hotel Comercio.

LEÓN

Hotel París.

SANTIAGO

Hotel Suizo.

Nuevo HOTEL ROMA, Gran Vía, MADRID